

EXCURSIONES DE ESTUDIO REALIZADAS DURANTE EL AÑO 1944

RELACIONES DE VIAJES

DEPARTAMENTO DE ARQUEOLOGÍA Y ETNOGRAFÍA

Dos investigaciones en el pucará de Humahuaca (1933 y 1944) por Fernando Márquez Miranda

En los meses de enero y febrero de 1933, periodo de vacaciones universitarias, tomé mi primer contacto con la cultura omaguaca. Este viaje, que realicé en compañía del escultor don Ernesto Soto Avendaño y del pintor Francisco Ramoneda — cuyos nombres, por su obra artística posterior, quedarán vinculado a este trozo del territorio argentino —, ha sido recordado ya, por mí, en páginas anteriores ¹.

Humahuaca era, por ese entonces, un simpático pueblo, lleno de color local, que servía de refugio turístico a los norteños que escapaban del rigor canicular de su provincia. Su único hotel y su única pensión estaban diariamente estremecidos por la garrulería de las voces con acento predominantemente tucumano, a las cuales se mezclaban, con menor intensidad, las de salteños y jujeños. Concentraciones de turistas, que se renovaban merced a las facilidades acordadas por los ferrocarriles del Estado, constituían el elemento renovable, que cambiaba, un poco, el inalterado grupo de los « veranistas » de siempre. Hotel y pensión retumbaban de músicaailable, de día y de noche, hasta altas horas. En sus puertas, en sus ventanas, desde la vereda, los habitantes vernáculos contemplaban el tumulto de las danzas exóticas de los « veranistas » con la misma curiosidad con que éstos les observaban en su lento ambular o en su inerte estacionamiento. Eran dos mundos, dos culturas, dos modos de sentir o de vivir, que se enfrentaban. Por mi parte he descripto mis impresiones primigenias sobre esa hu-

¹ FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Cuatro viajes de estudio al más remoto noroeste argentino*, en *Revista del Museo de La Plata* (Nueva Serie), Sección Antropología, I, 99; Buenos Aires, 1939.

manidad y ese paisaje en páginas penetradas de la emoción de mi descubrimiento ¹.

Por ese entonces el único edificio moderno con pretensiones arquitectónicas era el de la Escuela Normal, cuya espaciosa fachada, paralela a las vías del ferrocarril, espaciosas dimensiones y vivo color de sus tejas, constituían un espectáculo de volumen arquitectónico y de colorido claramente destacable en el conjunto gris pardusco de las pobres construcciones humahuagueñas.

He vuelto a Humahuaca después de más de diez años de ausencia, en las vacaciones universitarias (enero-febrero) de 1944. En el intervalo, se ha robustecido como centro de interés turístico, pero, desgraciadamente, ha perdido color. Las calles no son ya las terrosas vías que yo conocí: al piso de guijarros le va sucediendo el empedrado y ya se habla de asfaltar las principales. A los viejos candiles de la iluminación pública se los ha sustituido por faroles y lámparas para la luz eléctrica. La comodidad urbana aumenta, pero el pueblo, en su conjunto, pierde gradualmente su fisonomía tradicional.

El antiguo Cabildo de Humahuaca, vestigio arquitectónico de época colonial había sufrido la injuria de los años. Una restauración parecía indispensable. Desgraciadamente algún intendente « progresista » ordenó echar abajo al edificio y levantar, en su lugar, una construcción nueva, fruto de la capacidad artística de los técnicos de la Dirección de Arquitectura de la Nación. El nuevo edificio ha resultado, en verdad, abracadabrante. Es el resultado de una confusión — no de una fusión — de estilos, reunidos sin la menor idea estética y sin el menor criterio directriz desde el punto de vista arquitectónico. Su resultado es la obtención de un edificio disparatado, inhabitable, falsamente presuntuoso como una jaula del Zoológico, rematado por una inverosímil cúpula de mayólica brillante, de un azul rabioso, y en una de cuyas torrezuelas se ha instalado — con gran pasmo popular — un complicado sistema de relojería que mueve, exhibiendo u ocultando, alternativamente, una grande y tosca imagen de un santo, en actitud de bendecir, a la cual la infinita piedad popular denomina « el santito »...

Tanto en el viaje de 1933 como en este de 1944, he verificado excavaciones en el pucará de Humahuaca, llamado también, de Peñas Blancas. El pueblo se encuentra situado en la margen derecha del Río Grande de Jujuy, cuyo caudal irregular llega, en épocas de crecientes, hasta a interceptar el paso, de una u otra banda, a personas de a pie y de a caballo, convirtiéndose el río, habitualmente transitable con agua a los tobillos, en impetuoso torrente bramador que arrastra cuanto se opone al paso.

A una distancia de unos dos kilómetros, o tal vez menos, del pueblo, se

¹ FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Humahuaca, Aguafuertes sobre el hombre y la naturaleza*, en *La Nación*; Buenos Aires, 16 de julio de 1933.

alza, a la margen izquierda del Río Grande una elevación, natural e irregular, del terreno, en cuya cima se encuentra asentado el pucará. La altura del pueblo es de 2939 metros sobre el nivel del mar. La diferencia de nivel entre la playa del Río Grande y la cima del pucará ha sido calculada por Santiago Gatto en unos 100 a 120 metros ¹.

Desde el pueblo mismo, pueden observarse en la lejanía las crestas rocosas en las que el pucará se asienta. Hay un sector de estas anfractuosidades líticas que, por la composición de la roca presenta una coloración mucho más clara. De allí el nombre de Peñas Blancas, con que también se le conoce.

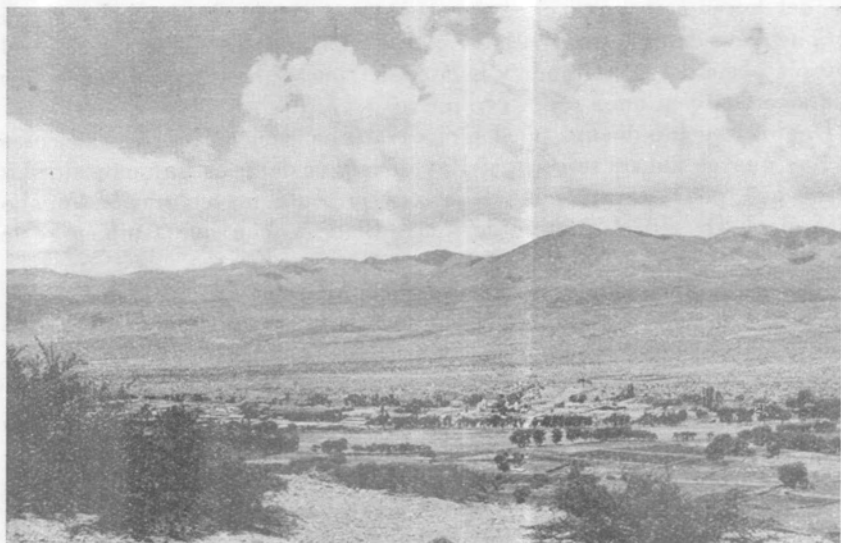
El pucará se extiende sobre esa superficie irregular, orientado de E. a W. Hacia el N. topa con el camino que va hacia otro lugar de un gran interés arqueológico, Coctaca; cuyas enormes andenerías visité en ese mismo primer viaje de 1933, practicando ligeros sondeos que no dieron resultado. Mi colega del Museo de Historia Natural de Buenos Aires, el doctor Eduardo Casanova, en una pequeña monografía sobre este lugar, coincide en la dificultad de hallazgo de los materiales arqueológicos ². A su vez, por el S., pasa el camino de Humahuaca a Baliazo por la quebrada llamada del Pucará. Las laderas no presentan las mismas dificultades de acceso, al moro fortificado, por todos sus lados. La labor de erosión de los agentes naturales ha sido intensa, especialmente en el costado N., batido desde antiguo por vientos y lluvias, lo que quizá haya motivado la acumulación en ese sector de mayor número de muros de contención de las andenerías, como ya señalé Gatto en el trabajo antes recordado. Como no he utilizado nunca, en estos accesos al pucará, más que el transporte a pie — salvo eventuales trasbordos del río a caballo, los días en que una mayor crecida de aguas lo hacía necesario —, he reconocido los dos caminos de acceso a que este arqueólogo alude, aunque sin la ayuda equina de que él parece haber dispuesto, y coincidido con su apreciación respecto de la mayor llaneza del camino de herradura sobre el sendero a traviesa que sólo puede recorrerse a pie.

Desde algunas partes del ascenso, o desde el borde del conjunto arquitectónico fortificado, es dable contemplar, hacia abajo y a lo lejos, el pueblo de Humahuaca (fig. 1, a). La distancia y la perspectiva — que no molestan en la diafanidad de la atmósfera de la Quebrada —, permiten reconocer los más salientes detalles arquitectónicos del conjunto urbano moderno, coronados, desde el Cerrito Bárbara, por el magno monumento a los Ejércitos de la Independencia.

Al desembocar en la parte terminal superior del sendero que ha permi-

¹ SANTIAGO GATTO, *Ruinas del Pucará de Humahuaca*, en *Congreso de historia argentina del norte y centro*, I, 132; Córdoba, 1943.

² EDUARDO CASANOVA, *Observaciones preliminares sobre la arqueología de Coctaca (Provincia de Jujuy)*, en *Actas y trabajos científicos del XXVº Congreso Internacional de Americanistas*. (La Plata, 1932), II, 25-38; Buenos Aires, 1934.



a



b

Fig. . — *a*, El pueblo de Humahuaca visto desde el pucará; *b*, Disposición de las ruinas superficiales en una sección de las construcciones

tido el acceso nos hallamos en presencia de los primeros vestigios superficiales de la arquitectura aborigen. Pero los antiguos muros de pirca seca están grandemente derruídos, y sus piedras desparramadas sobre el terreno hacen difícil la reconstrucción visual de las líneas originales de lo primitivamente construido. Esta situación es debida a multiples causas y se repite en todo el ámbito de estas construcciones del lugar (fig. 1, b): a la acción destructora del tiempo y de los agentes naturales hay que agregar la del hombre, ya la de la depredación turística — minúscula pero sistemática — ya la de la ignorancia de algunas autoridades, tal como la de quienes ordenaron la remoción de las piedras de algunas de estas ruinas para la construcción del tanque de las aguas corrientes que surten al pueblo, vandalaje ocurrido en tiempos muy modernos, sin el atenuante de la ignorancia del valor científico de tales materiales, atribuible a más lejanas épocas. Ya en 1933 protesté contra tales desmanes irresponsables, especialmente en lo que atañe a la destrucción originada por turistas ¹.

Pese a estas depredaciones, que desconciertan en el primer momento, es posible reconocer al lado W. como el más importante desde el punto de vista de la acumulación de los vestigios de viviendas. En esta parte se concentran las construcciones de las habitaciones aborígenes, las cuales están circuidas, en esta parte del yacimiento y en otras por murallas de defensa semiderruídas (fig. 2, a). Aquellas viviendas son de forma cuadrangular, es decir, de la que tipifica a la cultura andina (fig. 2, b). Los muros de tales construcciones están hechos siempre de pirca seca, con piedra menuda e irregular, lo cual, naturalmente, ha facilitado su derrumbe, presentándose, con un característico desparramamiento en manchones sobre la superficie irregular del terreno (fig. 3, a). Sin embargo, las características de la habitación cuadrangular son, generalmente, muy rústicas, pues apenas se desbroza el terreno limpiándolo de los contados arbustos xerófilos ² que lo recubren, también por manchones, y de las piedras desparramadas — resultado de los muros derruídos, es posible descubrir, en numerosos casos, la huella del cimientado de dichos muros, y su junción en ángulo recto, denotadora de la construcción de tipo andino (fig. 3, b).

No siempre, sin embargo, los muros de las habitaciones presentan una

¹ FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Ampliación del área de dispersión de la cerámica con decoración batracomorfa en el noroeste argentino*, en *Notas Preliminares del Museo de La Plata*, II, 281; Buenos Aires, 1933.

² Dada la altitud del terreno, que excede de los 3000 metros, y los factores climáticos concomitantes, la vegetación es pobre, achaparrada y de tipo xerófilo. Los arbustos principales son los airampos o pencas, la brea, la sumalaua, el ramonillo, el palang palang, que crece en las partes más abrigadas, el churquí, cuyas raíces espinosas son la desesperación de los arqueólogos, y algunas otras pequeñas matas igualmente espinosas. La única vegetación que, en las laderas y alturas del pucará, cobra imponencia, es la de los cactus cereus, de tan agresivo aspecto fático. Otros cactus, como el puscarillo, también aparecen. Muchos de ellos están recubiertos de plantas epífitas: la barba de cardón, la charcana y el casi milagroso clavel del aire.

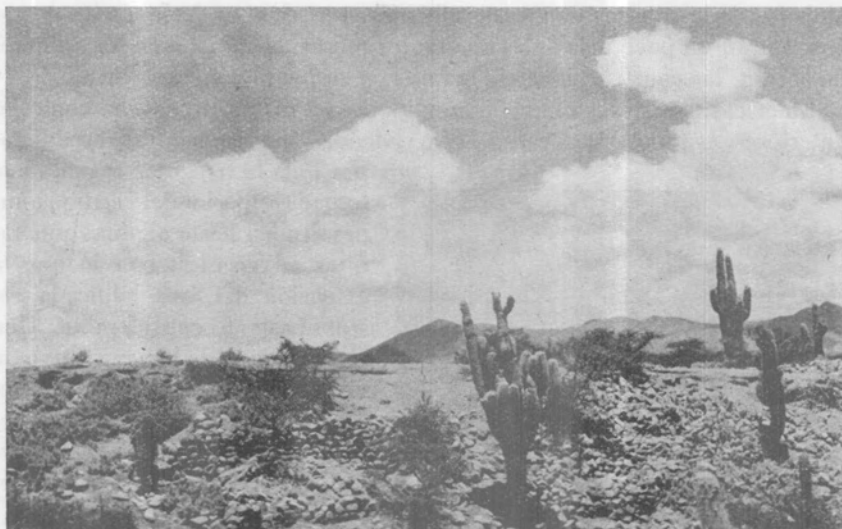


a

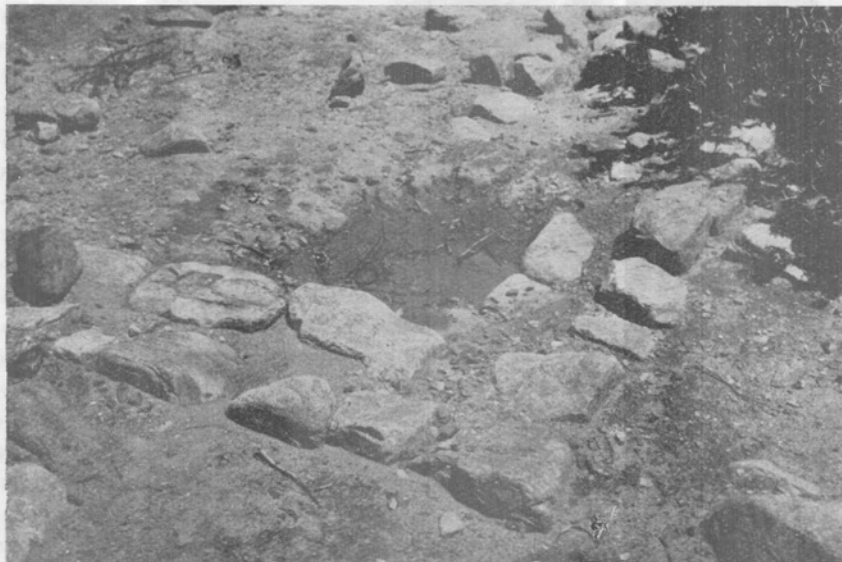


b

Fig. 2. — *a*, Sección de una muralla semiderruida, que delimita parte de las construcciones ;
b, Detalle del muro de una vivienda cuadrangular



a



b

Fig. 3. — *a*, Visión de conjunto de las ruinas superficiales. Al fondo, grandes corrales de construcción antigua; *b*, Detalle del cimiento, en ángulo recto, de una vivienda

destrucción tan completa. En algunos sectores, especialmente de los más alejados de los puntos de mayor afluencia turística, es decir, de los que se encuentran un poco más apartados de los puntos terminales de los senderos de acceso, las construcciones se mantienen en pie más enhiestamente.

En efecto, construcciones cuadrangulares del mismo tipo — y, como las anteriores, seguramente destinadas a vivienda — se encuentran esparcidas

por toda la irregular y ondulada lomada superior del cerro y, aún, descienden hasta algunas quebraditas adyacentes, con lo que la extensión del área edificada resulta bastante considerable. Una prueba de ello lo constituye la vivienda fotografiada en primer plano en la figura 4 y las que, en la misma fotografía, se observan en segundo plano y hacia el fondo.



Fig. 4. — Detalle de una de las viviendas cuadrangulares, construída en una quebradita adyacente, a poca distancia del grupo principal de las construcciones.

Mis investigaciones de 1933 y 1944 han determinado el hallazgo de otro tipo de construcciones, que es necesario vincular, por su destino, con las andenerías situadas en las laderas del terreno. Se trata de silos o graneros — fácilmente diferenciables de las viviendas, por sus reducidas dimensiones y su forma elíptica u oval —, que aparecen preferentemente en la parte superior del terreno y que, como su nombre lo indica, debieron estar destina-

dos a la guarda de alimentos, especialmente de maíz y papas, que constituían el núcleo principal de la dieta vegetal aborígen. En un trabajo publicado hace años por este Instituto, he señalado el hallazgo de un granero o silo, situado en la parte superior del yacimiento, a un metro de profundidad. Era de forma oval, midiendo 0.97 metros en su diámetro mayor, por uno de altura. Estaba cubierto con lajas de piedra y su construcción oval había sido realizada mediante un pircado con piedras irregulares de diversos tamaños, bien ajustadas entre sí, en forma de ofrecer una pared interna sumamente unida. Como es sólito en tal tipo de construcciones, no presentaba nada en su interior¹. Esta última característica es la que

¹ FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *El « pucará » del pie de la Cuesta de Colanzuli*, en *Notas Preliminares del Museo de La Plata*, II, 268-269; Buenos Aires, 1933.

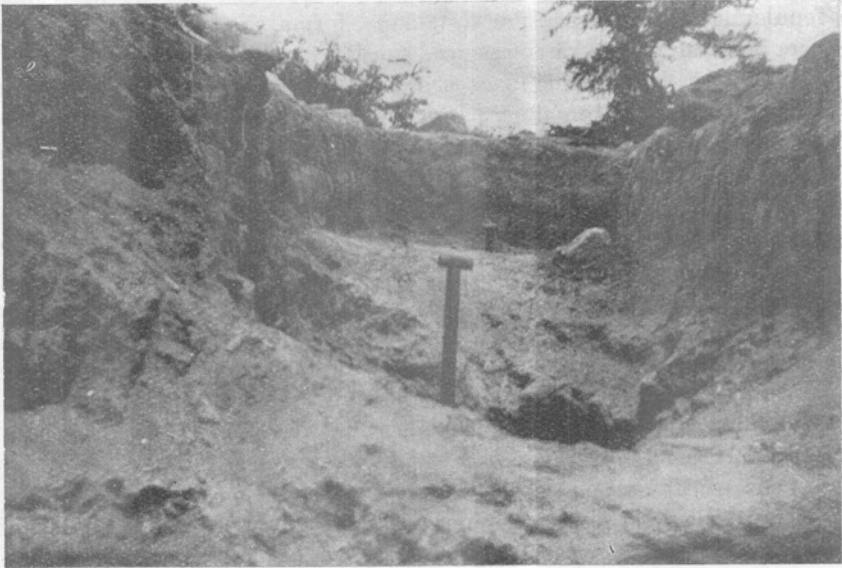
diferencia netamente a tales elementos arquitectónicos de las cámaras sepulcrales pircadas que, por su tamaño, forma, disposición interna y manera de tapar, tienen características similares.

La Quebrada de Humahuaca es sede de diversos procedimientos de entierro. El pucará de Humahuaca o de Peñas Blancas es representativo, a su vez, de tales características. En primer término es dable señalar, como queda dicho, la existencia de numerosas cámaras sepulcrales, muy a menudo de forma oval. Especialmente en las investigaciones de 1944 se ha tenido oportunidad de excavar diversas construcciones de este tipo, cuyas dimensiones — tomando como base el diámetro mayor —, oscilaban de 0.45 metros a 1.40 metros. Debe señalarse, sin embargo, como excepcional, por su pequeñez, la primera cifra, que correspondió a una sola construcción sepulcral, situada en el subsuelo de una habitación ya anteriormente derruida y removida. En algunas oportunidades las cámaras pircadas se encuentran a pocos metros de distancia, una de otras, como lo muestra la figura 5, *a*. Esta ilustración muestra bien el carácter subterráneo de aquellas construcciones, en el subsuelo de las viviendas.

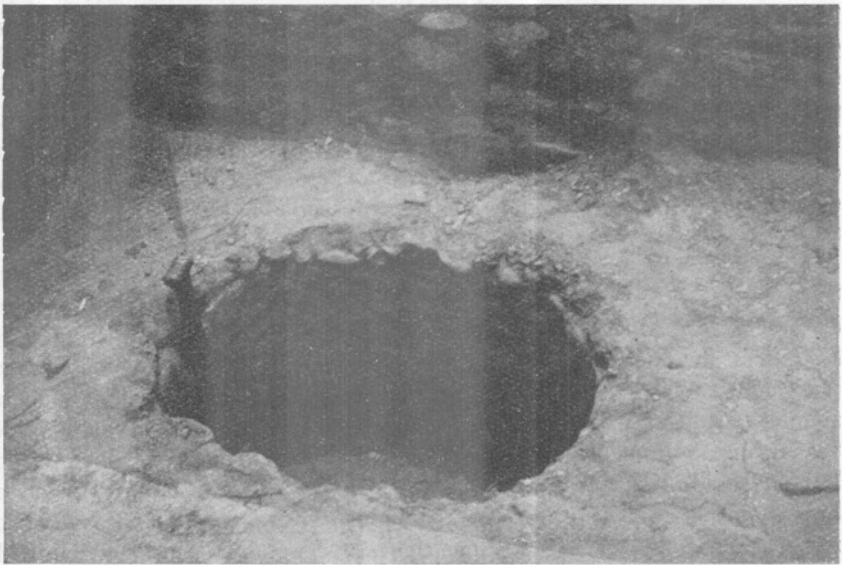
Un detalle de la cámara sepulcral situada en el último plano de dicha fotografía, puede observarse en la figura 5, *b*, en donde podrá advertirse la poca profundidad de esa construcción oval, verificada con piedras pequeñas, más bien pareja de tamaño y colocadas dentro de la técnica de las hiladas superpuestas todo lo que le permite la irregularidad del material lítico empleado. Al propio tiempo podrá advertirse que esa cámara sepulcral se encuentra situada a poca distancia de uno de los ángulos de unión del muro de la vivienda, en cuyo subsuelo ha sido realizada. Pero esta disposición no es indispensable. En otros casos hemos encontrado construcciones funerarias de este tipo situadas en el centro o dentro del eje longitudinal central de la construcción. Y las dimensiones habituales de todas ellas — con excepción de la de 0.45 metros antes citada — oscilan alrededor de un metro o pocos centímetros más.

Otra forma de entierro, igualmente vigente en toda la Quebrada y perfectamente discernible en el yacimiento de que informamos, son las inhumaciones directamente en hoyos de la tierra. Ya en una de mis *Notas Preliminares* de 1943 señalaba esta manera de entierro ¹, la cual aparece ilustrada, en las nuevas investigaciones de 1944 (fig. 6, *b*). Desgraciadamente, tanto en los hallazgos en cámaras sepulcrales como en hoyos directos en tierra el material antropológico se encuentra sumamente deteriorado, habiéndose destruido especialmente los huesos menores. Cráneos y huesos largos, por su textura más compacta resisten mejor. De las investigaciones realizadas en 1933, y acrecidas en 1944, he podido reunir una nutrida colección antropológica, especialmente de cráneos, que en su momento, será interesante estudiar, dada la carencia de trabajos de antropología física

¹ MÁRQUEZ MIRANDA, *Ampliación del área de dispersión*, etc., 282.



a



b

Fig. 5. — Vista general y detalle de cámaras sepulcrales : *a*, Los mangos de las palas indican la ubicación de la entrada de dichos recintos ; *b*, Detalle de la cámara señalada en último plano en la fotografía general



a



b

Fig. 6. — Dos detalles de los trabajos en el terreno : *a*, Abriendo un recinto picado ;
b, Extracción de un cráneo en un hoyo simple en la tierra

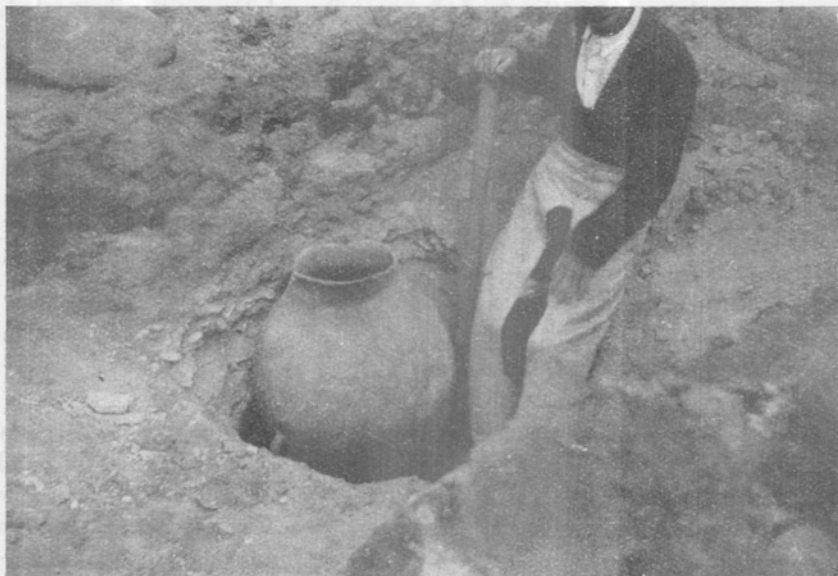
relativos a estos aborígenes. En efecto, contrasta la relativa abundancia de los trabajos arqueológicos relacionados con esta cultura, en comparación con la pobreza de la bibliografía de antropología física que a ella se refiere.

Por último debe señalarse en este yacimiento el entierro de párvulos en urnas. En el último viaje debe destacarse, a este respecto, el hallazgo de una pequeña olla de 0.25 metros de altura de construcción más bien tosca, sin pintura, con aspecto de haber servido para usos utilitarios y que estaba a 0.70 metros de profundidad. Esta pieza había sido desportillada para facilitar la introducción en su interior de tres cráneos de párvulos, en precario estado de conservación, dada la endeblez de los huesecillos. De ellos, dos se deshicieron al intentar extraerlos y uno sólo, en consecuencia, ha sido conservado. Introducidos en el interior de uno de los cráneos por el foramen magno había tres pequeños huesos largos, evidentemente pertenecientes a alguno de esos párvulos. El mismo peso de estos elementos esqueléticos sobregregados provocó la ruptura de las paredes del cráneo, que fue uno de los dos destruidos. Por no ser frecuente el hallazgo de entierros en urnas, en esta región y menos el de cráneos múltiples en la misma vasija, señalo esta circunstancia. En cambio, y según los resultados de mi viaje de 1933, he señalado la existencia, en este pucará, de entierro de esqueletos *sin* el cráneo ¹.

Volviendo al material puramente arqueológico hallado, debe mencionarse, en primer término, la existencia de grandes cántaros — a los que los habitantes actuales de la región denominan « vasos chicheros » (fig. 7, a), así como de grandes tinajas. Algunas de estas piezas tienen dimensiones considerables. La figura 8 reúne las formas y dimensiones de las seis piezas de más grande tamaño que he obtenido en las investigaciones de 1933 y 1944. Los perfiles de estos restos arqueológicos, el mayor o menor desarrollo de sus cuellos, de sus bocas y de sus asientos, la curva más o menos globulosa de su zona ventral, la ausencia o presencia de sus asas, dimensiones, disposición y ubicación de las mismas en la curva media de esas piezas, están tan claramente expresadas en la ilustración que acompaño que se hace innecesaria una mayor especificación en este mero relato de viaje. Debo agregar, sin embargo, que la inmensa mayoría de estas grandes piezas de cerámica no presenta decoración alguna. Se trata, generalmente, de grandes ejemplares de la alfarería local de grano más bien grueso y cuyo empleo utilitario es visible. Muchas de ellas muestran la huella de haber sido reiterativamente puestas al fuego.

Para sintetizar las dimensiones de las ocho piezas antes mencionadas, consignando los datos esenciales que revelan las características de las mismas, he confeccionado el siguiente cuadro, ante el cual sólo resta advertir que la ausencia del diámetro de la boca de algunas de las piezas es debida

¹ MÁRQUEZ MIRANDA, *Ampliación del área de dispersión*, etc., 282-283.



a



b

Fig. 7. — Dos momentos de la extracción de materiales de cerámica : *a*, « Vaso chichero », sin decoración ; en su interior un hacha, un puco y piedras ; *b*, Tinaja negra, llena de tierra, recubierta con una laja tosca.

— tal como lo revela su diseño de la figura 8 — al desportillamiento de las mismas, que impide conocer su dimensión originaria. Todas las medidas son en milímetros.

Letra	Número de la pieza	Altura	Diámetro de la boca	Diámetro del vientre	Fondo o asiento
<i>a</i>	24283	645	334	447	125
<i>b</i>	24512	577	250	470	114
<i>c</i>	26274	710	253	637	145
<i>d</i>	24529	576	303	545	105
<i>e</i>	24383	728	—	585	158
<i>f</i>	26275	584	—	602	158

Todo este material, así como las piezas menores de que en seguida pasaré a ocuparme, estaban enterradas en el subsuelo de las habitaciones, de donde las ha extraído nuestro esfuerzo. En numerosas oportunidades estas grandes vasijas se presentan recubiertas por alguna tosca laja, que les sirve de tapa (fig. 7, *b*). Esta ilustración permite apreciar, también, la profundidad — que casi nunca excede de un metro — a que se encuentran depositadas tan hermosas manifestaciones de la cerámica local, pues, pese a su falta de decoración habitual, la pureza de su línea suele ser excelente.

De los grandes vasos ilustrados en la figura 8, la señalada con la letra *c* es la única decorada. Se trata de un vaso de arcilla rojiza, con decoración geometrizable. El motivo ornamental es, el de triángulos negros, cuyas bases se tocan y cuyos vértices se dirigen, hacia afuera, a partir de la línea basal ¹. Otros motivos decorativos existieron en la misma pieza, pero son mucho menos discernibles.

Otros vasos menores, y piezas cerámicas de tipo diverso, permiten, en cambio, señalar la presencia de la decoración en escaques, mallas finas y gruesas, triángulos de base unida y de vértices opuestos, líneas espiraladas, líneas rectas, paralelas, entrecruzadas en su zona central. Con algunas de estas decoraciones se han ornamentado vasijas de menor tamaño que las ilustradas — alguna de ellas, por excepción, policroma —, cántaros, pucos y dos pequeñas ollas, extraídas en 1933, una de ellas especialmente importante por constituir una prueba de la ampliación hasta la Quebrada de Humahuaca del área de expansión de la decoración batracomorfa en la cerámica ².

Esta pieza, cuya importancia, por tanto, no necesita ser encarecida nos lleva a considerar otra manera de la decoración usada en esta cultura y exteriorizada en este yacimiento: la decoración modelística. La fuerza

¹ Casanova le denomina decoración de « gallardete ».

² MÁRQUEZ MIRANDA, *Ampliación del área de dispersión*, etc., 281-285.

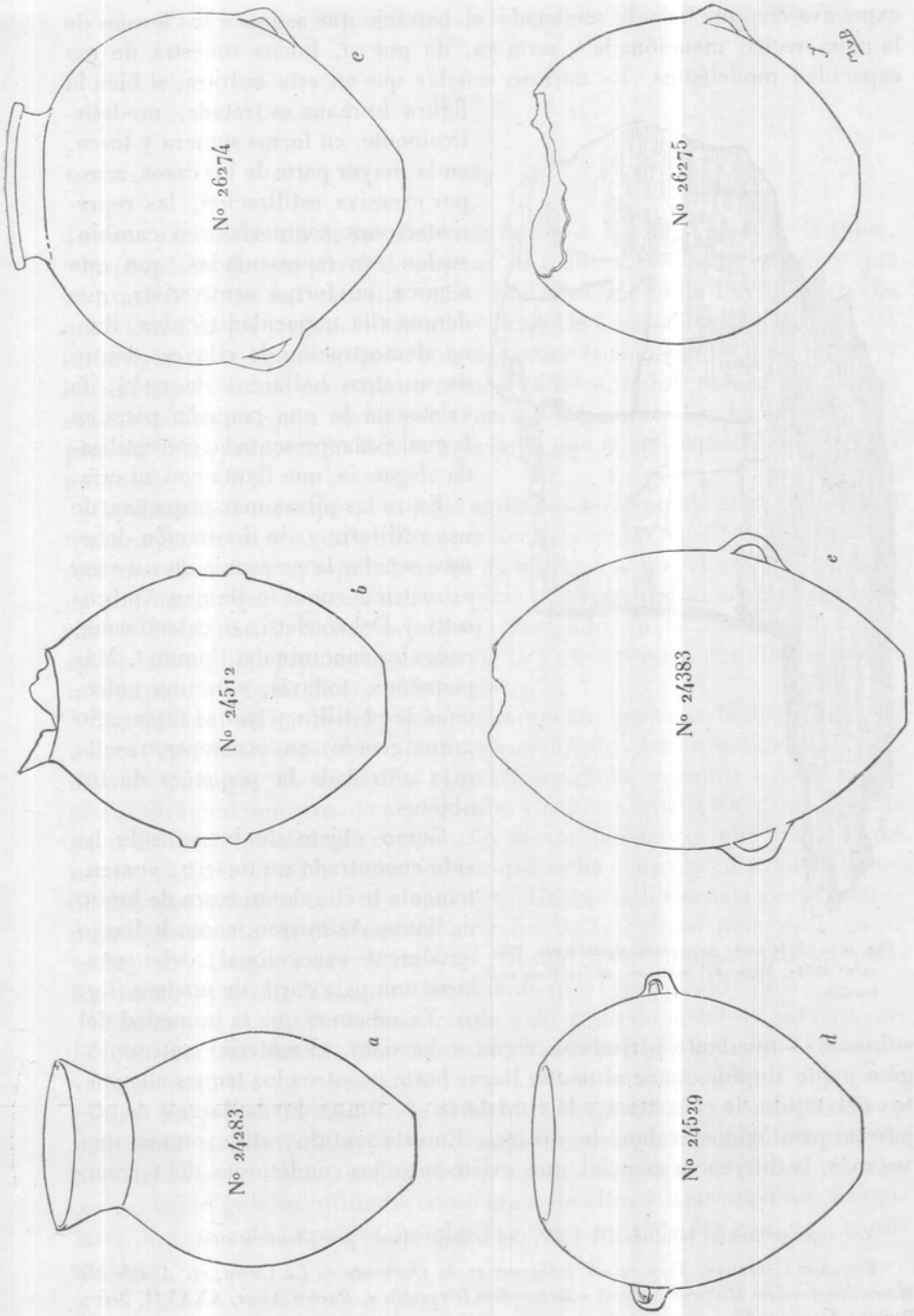


Fig. 8. — Diversos tipos de piezas de cerámica de gran tamaño

expresiva con que ha sido modelado el batracio que asoma a los bordes de la pieza recién mencionada ¹, sería ya, de por sí, buena muestra de esa capacidad modelística. Es curioso señalar que en esta cultura, si bien la



Fig. 9. — Pala corta de madera, deteriorada. Pieza n° 26347. Mide 324 mm., en su máxima extensión.

figura humana es tratada, modelísticamente, en forma somera y tosca, en la mayor parte de los casos, acaso por excesiva estilización, las representaciones zoomorfas, en cambio, suelen ser representadas, con esta técnica, en forma semiverista, que denota alta capacidad técnica. Buena demostración de ella es, dentro de nuestros hallazgos de 1944, la existencia de una pequeña pieza en la cual está representada, con estilizada elegancia, una llama con su cría.

Entre las piezas más pequeñas, de uso utilitario y sin decoración debemos señalar la presencia de un vaso asimétrico como lo llaman Ambrosetti y Debenedetti, o calceiforme, como los denominaba Boman ². Más pequeños, todavía, son una colección de platillos y tacitas toscas. Su grano grueso, en ocasiones, resalta más aún dada la pequeñez de los objetos.

Como objeto de hueso sólo ha sido encontrado un tortero, aparentemente hecho de un trozo de hueso de llama. Asimismo, como hallazgo igualmente excepcional, debe señalarse una pala corta de madera (fig. 9). Ya sabemos que la humedad del

subsuelo — que tanto perjudica, según se ha visto, el material antropológico y que impide, generalmente, llegar hasta nosotros los tenues elementos del tejido, la canastería y la cordelería —, limita los hallazgos de objetos arqueológicos hechos de madera. En este sentido ratificaremos, una vez más, la diferencia esencial que existe entre las condiciones del terreno

¹ Ver especialmente, láminas III y IV, del trabajo citado precedentemente.

² EDUARDO CASANOVA, *Tres ruinas indígenas en la Quebrada de La Cueva*, en *Anales del Museo Nacional de Historia Natural «Bernardino Rivadavia»*, Buenos Aires, XXXVII, 302; Buenos Aires, 1933.

de estos yacimientos y de los diaguitas frente a los muy secos de la Puna.

A propósito de esta clase de objetos de madera, conviene recordar que ya Ambrosetti, en sus estudios sobre la « ciudad » de La Paya, observaba que « Quizá mejor sería dar el nombre de azadas á estas piezas »; agregando, inmediatamente después, que « son de forma triangular, de base ancha y bordes algo curvos, pero más o menos afilados, todos poseen un mango saliente colocado como en las palas fuera del eje central y hacia un lado; pero en todas proporcionalmente más largo que el que se halla en las palas grandes »¹.

Cabalmente a este tipo de objetos agrícolas corresponde el que aquí ilustramos. Su forma triangular no es tan acusada como aquellos que Ambrosetti muestra en su trabajo², pero ha de observarse que el avanzado estado de destrucción que presenta nuestra pieza puede haber contribuido grandemente a lesionar su forma primitiva, quedando, en la actualidad, mucho más cuadrangular por destrucciones de la parte aguzada, por ello mismo la más expuesta y la de menor resistencia.

Por último, no ha de asombrarnos, tampoco, que se trata de un hallazgo único, logrado en nuestros viajes a ese yacimiento. Ambrosetti, en La Paya, después de largas y sistemáticas excavaciones, sólo encontró « ocho ejemplares en igual número de sepulcros » y expresa que « En general estas palas cortas se encuentran con mucho menor frecuencia que las anteriores »³, es decir, que las largas, de las que se ha ocupado en páginas inmediatamente antecedentes. Sin embargo, Casanova les señala como instrumental empleado en diversos yacimientos de la cultura omaguaca, en su trabajo de síntesis sobre la región⁴. De ahí que, aunque material poco frecuente, no sea insólito en el yacimiento que hemos trabajado.

Finalmente — y ante la ausencia de todo resto de metal — señalaremos la presencia frecuente de material lítico. Tanto en 1933 como en el reciente viaje de 1944 hemos conseguido extraer una serie interesante de objetos de piedra. En primer término se han obtenido las grandes y groseras hachas y martillos, característicos de esta cultura. Asimismo se han encontrado libes, conanas, cutanas, majaderos, rompecabezas, lajas de piedra circulares o cuadrangulares utilizadas como tapas de ollas y lajas mayores, irregulares, ligeramente retocadas, empleadas como tapa de las cámaras sepulcrales.

¹ JUAN B. AMBROSETTI, *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de « La Paya » (Valle Calchaquí-Provincia de Salta), Campañas de 1906 y 1907*, en *Facultad de Filosofía y Letras, Publicaciones de la Sección Antropológica*, n.º 3, 458-459; Buenos Aires, 1908.

² AMBROSETTI, *Exploraciones arqueológicas en la ciudad*, etc., figs. 237 (objeto central de la fila superior) y 238 a.

³ AMBROSETTI, *Exploraciones arqueológicas en la ciudad*, etc., 459.

⁴ EDUARDO CASANOVA, *La Quebrada de Humahuaca*, en *Historia de la Nación Argentina*, 1.ª ed., I, 217 y fig. 2 b; Buenos Aires, 1936; 2.ª ed., 232 y fig. 2 b (Buenos Aires, 1939).

El conjunto de las ruinas de este antigal nos lleva a la conclusión de que, efectivamente, se trata de un pucará, es decir, de una fortaleza indígena, tal como lo revelan los aparejos exteriores de defensa, que mencionamos en el lugar pertinente. Además su posición geográfica, en una elevación a la vera de la Quebrada de Humahuaca, camino principal de penetración y acceso entre el altiplano boliviano y nuestro noroeste, revela su importancia estratégica. Desde esta elevación se otea con facilidad un buen trozo de la Quebrada. La frecuencia y la acumulación de las viviendas demuestra que este no fué lugar ocasional de defensa, reducto para inesperados ataques, o mero refugio de una población agrícola existente en la « playa » y a ambos márgenes del Río Grande, sino lugar de habitación permanente de una población estable y numerosa. Los andenes de cultivo existentes en los exteriores del recinto habitado, así como los graneros entreverados con las habitaciones, subrayan este carácter de habitación ininterrumpida, aunque militar.

Estas características no son infrecuentes en el noroeste argentino, en donde el fraccionamiento del poder político en mano de los caciques locales, y la constante lucha intertribal resultante, obligaron a una vida perpetuamente en armas, modelada según conceptos de beligerancia permanente. ¿A quién protegía la guarnición del pucará? Los hallazgos arqueológicos que yo mismo efectué, en 1933, en los fondos de varias de las humildes casitas del pueblo de Humahuaca, removidos para hacer acequias o levantar nuevas habitaciones, me revelaron, desde el primer momento, que todo el pueblo actual fué lugar de asiento de poblaciones aborígenes en tiempos primitivos. Trabajos hechos en el Hospital del mismo pueblo, casi al terminar aquel primer viaje, corroboraron este dato. Pero casi eran innecesarias las excavaciones del subsuelo. Basta recorrer las calles de la población actual y observar el material de que están hechos los adobones de las viejas tapias de las cercas, para advertir en ellos la presencia aflorante de pequeños « tiestos », o fragmentos de cerámica aborígen. Cada nueva excavación, hecha por diversos motivos de interés personal o colectivo ha dado, como resultado, la extracción de material arqueológico más o menos abundante, según la importancia de los trabajos practicados.

El último, y más fehaciente ejemplo, lo tenemos en la aparentemente inesperada cosecha de objetos arqueológicos con motivo de las obras de remoción del terreno realizadas en el Cerrito de Santa Bárbara, a espaldas del pueblo, para la instalación del monumento antes recordado y para la erección de una monumental escalinata que conduzca hasta el pie de esta gran obra escultórica. Los bastante abundantes materiales arqueológicos recogidos — es decir, aquellos que salieron indemnes de la acción del desmonte del terreno, realizada por peones no especialmente aleccionados y cuyo objeto no era éste — se encuentran hoy almacenados en una de las habitaciones de la planta baja del fantasmagórico nuevo Cabildo. Y la población de Humahuaca espera constituir con ellos la base de un pequeño Museo Regional.

Todo ello indica, pues, que la zona arqueológica, en Humahuaca, no se limita al área del pucará. Y que toda la parte baja, que puede ser controlada visualmente desde esta fortaleza indígena fué lugar de vivienda y de habitación permanente de los pobladores primitivos, que habían levantado allí un « pueblo viejo ».

Es muy posible, por lo tanto, que se haya producido en el lugar un fenómeno análogo al que tengo registrado en otro trabajo como ocurrente en algunos lugares del área diaguita ¹. Es decir, la existencia de un pucará protector de poblaciones sedentarias pacíficas que, eventualmente, podrían refugiarse, en caso de peligro inminente, en el recinto fortificado, engrosando así la guarnición estable y aumentando su capacidad de resistencia.

El elemento indispensable para la prolongación del asedio, el agua, estaría provisto por las vertientes próximas, cuya existencia ha sido corroborada por Gatto ².

Permitaseme mencionar, finalmente, que este viaje tenía dos objetivos: el de investigación arqueológica pura y el de adiestramiento, en las labores del terreno, de mi joven ayudante en este Departamento, señor A. Embón, cuya mayor eficiencia futura exigía una preparación de este tipo. A este respecto me es muy grato señalar que su contracción quedó una vez más de manifiesto y que los fructuosos resultados obtenidos han servido, no sólo para enseñarle las técnicas del trabajo en el terreno, sino también para darle una imborrable « lección de cosas ». Espero que este Instituto pueda brindarle, bajo mi dirección, nuevas experiencias.

Los resultados arqueológicos que acaban de ser pasados en revista servirán, pues, no sólo para conceder al joven estudioso mencionado ese tipo de enseñanza inapreciable que no puede captarse en los libros, sino que — según se ha visto en la somera reseña efectuada — son, de suyo, suficientemente amplios y valiosos como para significar un aporte concreto al conocimiento de la región.

¹ FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Los diaguitas y la guerra*, en *Anales del Instituto de Etnografía Americana*, III, 101-104; Mendoza, 1942.

² GATTO, *Ruinas del Pucará*, etc., 132-133.